

CAPÍTULO V

El P. José y el vice-legado Monseñor Pignatelli. — Asiento en Ferrara de las Provincias de Aragon, del Perú y de parte de la de Méjico. — El día de San Carlos en Madrid. — Los estudios en Ferrara. — Conserva el P. Pignatelli la academia de literatura. — Memorias de los ministros de las cortes pidiendo la extincion de la Compañía. — Intenso dolor y muerte súbita de Clemente XIII. — Ordenacion de escolares aragoneses en Módena. — Benevolencia del señor obispo con los jesuitas. — La condesa de la Acerra y sus hermanos los Padres Pignatelli en Roma. — El emperador José I y el conclave. — Eleccion de Clemente XIV. — Gozo de los enemigos de la Compañía. — Afecto del nuevo Pontífice á la misma. — Visita del colegio romano. — El P. José y el P. General Ricci. — No se permite á la condesa de la Acerra verse con sus hermanos. — Protesta y amenazas de Carlos III por el nombramiento de Provinciales. — La indulgencia de las misiones. — Enojo de los ministros de las cortes.

1768 — 1769

Al cabo de casi dos años de grandes fatigas y enormes padecimientos, después de tantos peligros por mar y por tierra, como hemos referido, viose en Ferrara el P. José en la dura necesidad de dar principio á nuevos trabajos, como si entonces comenzara su tarea de poner en órden la Provincia. Sobre él cargó en Ferrara el peso de tener que proporcionar en pocos días alojamiento á todos sus hermanos; y no como quiera, sino tal, que fuese á propósito para conservar en vigor la observancia religiosa.

Mucho esperaba de la proteccion de su primo Francisco María Pignatelli, quien en aquella sazón gobernaba la legacía de Ferrara en calidad de vice-legado, en ausencia del cardenal legado¹. Pasó, pues, á visitarle en compañía del P. Nicolás; manifestóle el objeto de la visita, y le recomendó el pronto y conveniente alojamiento de los suyos. «Recibiólos Monseñor Pignatelli con serio continente y gravedad de gobernante, ocultando lo que en realidad sentía en su corazón. Á tenor de las instrucciones recibidas de Roma, se ciñó en su respuesta á los términos de un simple permiso; pues Su Santidad Clemente XIII quería evitar que una manifiesta aceptación de los jesuítas españoles en sus estados se tomase por aprobación de la violencia y arbitrariedad con que se trataba á los jesuítas².»

Alcanzado el permiso de la autoridad para establecerse en Ferrara, informóse de los Padres del colegio, que en ella había, de cuanto necesitó para encontrar locales que arrendar. Contrató y amuebló como pudo algunos edificios capaces, casi todos abandonados, á fin de colocar por de pronto á sus compañeros, que iban llegando de Sestri, reservándose para mejor ocasión un arreglo definitivo. «El primer [trabajo], que á mí,» dice el P. Olcina³, «y á todos los de mi Provincia nos tocó sufrir en Ferrara, fue el de una pésima habitación. Para que esta no fuese tan mala y parecida en un todo á la que tuvimos en Bonifacio, nada le quedó que hacer al P. Provincial ni á los PP. Joseph y Nicolás Pignatelli, enviados de antemano por Su Reverencia para disponer habitación á toda la Provincia; pero esta tenía muchos sujetos que alojar, y la ciudad pocas casas que pudieran destinarse para alojamiento nuestro.»

En esto llegó de Roma el P. Jaime Andrés⁴, substituto de la

¹ Este era la primera autoridad de las legacías en lo civil.

² P. Monzon, *Vida*, Lib. I, Cap. IX.

³ *Relacion festiva*, Parte segunda, fol. 133.

⁴ «El mismo P. Andrés le ha acompañado en persona (al P. Sentmanat) á Bolonia: lo deja allí, y pasa después á visitar todos los de las dos legaciones con instruccion del P. General: ¡qué comision tan dig-

asistencia de España, enviado por el P. General con orden de distribuir por las ciudades del Estado del Papa á las Provincias expulsas, procurando á la par, que se conservasen separadas unas de otras, y cada una lo más unida y concentrada que fuera posible. Distribuyéronse, pues, de la manera siguiente: «En algunos pequeños lugares y en las campañas de Bolonia estaba toda la provincia que en España se llamó de Castilla, y la mayor parte de la de Méjico. En la ciudad de Ferrara las provincias de Aragon y del Perú y una porcion de la de Méjico. En la ciudad de Ímola, cinco leguas más allá de la de Bolonia por el camino de Roma, la provincia de Chile. En la ciudad de Faenza, dos leguas más allá por el mismo camino, la del Paraguay y algunos, digámoslo así, destacamentos de otras varias provincias. En la ciudad de Forli, pocas leguas más allá, la de Toledo. En la de Rímini, sobre el mismo camino y ya puerto al mar Adriático, la de Andalucía. Las dos provincias de Santa Fe y Quito estaban en algunas pequeñas ciudades y lugares de la Marca de Ancona y del ducado de Urbino, como Pésaro, Fano, Sinigaglia, Gubio, etc. La de Filipinas se estableció en Bagnacavallo¹.

Esmeróse el P. José en colocar con alguna decencia á tantas personas, muchas de ellas de edad avanzada y muy distinguidas por su saber y por las grandes y difíciles empresas apostólicas llevadas á cabo para gloria de Dios y defensa y dilatacion de su Iglesia. No fue poco lo que tuvo que padecer el Siervo de Dios

na de saberse será esta de nuestro paisano!» (Azara, carta de 20 de Octubre de 1768). El P. Andrés era natural de Pancrudo, en Aragon. Nació el 1.º de Noviembre de 1708; entró en la Compañía el 26 de Junio de 1731 y murió en Roma.

¹ P. LUENGO, *Compendio del Diario*. El personal de cada Provincia, como se saca de los catálogos impresos en Octubre de 1766, era el siguiente:

Andalucía	704	Santa Fe.	193	} Total. . . 5376
Aragon.	630	Quito.	269	
Castilla.	801	Perú.	400	
Toledo.	611	Chile.	348	
Méjico.	778	Filipinas.	152	
Paraguay	490			

para ver cumplido su deseo; mas como todo lo puede el fuego de la caridad, en menos de un mes logró repartir y colocar segun su plan no solamente á los suyos de Aragon, sino tambien á los Padres del Perú y de Méjico, cuyo bienestar y cómodo alojamiento le interesaba no menos que el de los otros.

Ayudóle grandemente á dar presto cima á tan difícil empresa la cooperacion de gran número de personas distinguidas de la ciudad, cuyas voluntades se granjeó el P. José con la afabilidad de su trato, lo ilustre de su nombre, la fama de su santidad y el próximo parentesco con el vice-legado. Viéronse, pues, muy en breve establecidas por la ciudad nuevas casas religiosas, con más ó menos sujetos, dependientes de sus Superiores y bajo la más exacta y severa disciplina regular: y no contento el P. Pignatelli con que se mantuviese el orden y la distribucion de personas, quiso conservar tambien el de las casas y colegios de España, acaso para distinguir á unos sujetos de otros más fácilmente, y que se llamasen, segun su procedencia, los del colegio de Zaragoza, de Barcelona, de Gandía, de la casa profesa de Valencia, y así los demás. Á los jóvenes estudiantes y novicios los acogió el P. Antonio Mazzarini, rector del colegio de Ferrara, destinándoles un largo corredor del tercer piso, donde cupieron todos, con más sus respectivos maestros y Superiores.

Por este tiempo apenas existía en toda España ni un solo jesuíta; y sin embargo se conservaba tan fresca su memoria en el clero y el pueblo, como lo demuestra el caso siguiente. «El día de San Carlos,» dice el protestante Coxe¹, «cuando el monarca se dejaba ver en el balcon de su palacio, quiso aprovechar la costumbre de conceder en aquella festividad alguna gracia general; y no sin grande extrañeza de toda la corte los gritos de una inmensa multitud manifestaron de comun acuerdo el deseo de que fuesen reinstalados los jesuítas, y que se les permitiese vivir en España y vestir el hábito del clero secular.

¹ *La España bajo el dominio de los reyes de la casa de Borbon*, Tomo V, pág. 25: citado por CRÉTINEAU JOLY, Cap. XXXVIII.

Este incidente inesperado alarmó y contrarió al rey, quien después de tomar varios informes, juzgó á propósito desterrar al Cardenal Arzobispo de Toledo y á su vicario general, acusados de haber sido los promovedores de aquella demanda tumultuosa.»

Esto sucedía el 4 de Noviembre de 1768, esto es, 17 días después de llegados á Ferrara los Padres, en donde luégo de arregladas las cosas del modo que hemos dicho, se abrieron las escuelas y se continuaron los estudios con tanto afan, que en aquel mismo año se dio pública muestra de progresos notables en solemnes actos celebrados en la iglesia de la Compañía con asistencia de numeroso y muy competente público. En Ferrara no escaseaban las bibliotecas, así públicas como particulares; lo cual permitía á los Padres dedicarse al estudio que fuese más del agrado de cada uno. Suprimiéronse, pues, las academias especiales establecidas en Córcega, excepto la de elocuencia y poesía, que siempre quiso el P. Pignatelli se conservara y fue objeto de sus particulares desvelos.

Proponíanse con la debida antelacion los temas para componer, y reuniéndose periódicamente en la iglesia del colegio un gran concurso, tanto de Padres de la Compañía como de personas eruditas de la ciudad, se juzgaba del mérito de las composiciones en prosa y en verso, y se adjudicaba el premio á quien lo merecía, con el mismo método que se usaba en San Bonifacio. Excitóse por este medio el espíritu de emulacion y competencia en los sujetos del Perú y de Méjico residentes en Ferrara; y fue tanto lo que florecieron las letras al salir aquellos jóvenes á rivalizar con los de Aragon, que rebosando el P. Pignatelli de consuelo, ideó propagar tan saludable ardor á todas las demás Provincias de España, y escribió á Bolonia, á Ravena y á Forlí, convidando á los respectivos jóvenes á escribir en prosa y verso y enviar sus composiciones. Aceptaron ellos la propuesta: y varias veces quedaron superiores, venciendo á sus hermanos de Ferrara y llevando la debida recompensa.

De las particularidades de la ciudad y de las ocupaciones de

los jóvenes aragoneses da noticia el P. José Reig en una carta, escrita casi un año después de la llegada de la Provincia á Ferrara, que es como sigue: «Á Francisco Marquesta, salud. — Por la tuya he sabido que mis padres y parientes están todos buenos, lo cual me da el mayor gozo y alegría: pues yo día y noche los tengo presentes, y cuantas veces me acuerdo de ellos, (que es con mucha frecuencia), un dolor acerbo me oprime el corazón. Por lo cual te ruego en el alma que los ayudes en todas las cosas y hagas cuanto te pidan, como si me lo pidieren á mí; pues no dudo que Dios te lo recompensará.»

«Voy ahora á referir lo que me pides te diga de la ciudad de Ferrara. Está situada en un lugar extenso y llano, cerca del río Po, defendida por altas murallas, fosos y una fortaleza inexpugnable. En otro tiempo fue de los duques de Este, como sabes muy bien: hoy pertenece al Romano Pontífice. En esta ciudad nació el ilustre poeta Ariosto, cuyas cenizas encerradas en un sepulcro de mármol, se conservan en el convento de Benedictinos. El censo de la población asciende á 20.000, sin contar los judíos, que se calculan ser unos 40.000 los que hay. Sus habitantes son de muy buenas cualidades, amables y cariñosos en extremo; sus costumbres muy diferentes de las de Córcega; pues las condiciones y medios de vivir diferentes exigen, como dice el poeta de Venusa, «modos de vivir diferentes,» y aquí nada hay que desear tanto en lo relativo á la subsistencia como en lo referente á las letras.»

«Esto por lo que toca á los ferrarienses; vengamos ahora á nosotros. Después de algunos días de solaz descendimos de nuevo á la arena literaria: algunos se consagraron al estudio de la filosofía, otros al de la teología, y otros al griego y al hebreo. Yo, que he terminado ya el curso de filosofía, me he puesto ahora á estudiar teología y lengua hebrea. Hemos instituido de nuevo las academias de Córcega, y á los cuatro ilustrados censores de quienes hablé á Bernardo en la carta anterior, han añadido otro, llamado José Casanovas, de Barcelona, sujeto de grande ilustración y mucho ingenio, y muy digno del cargo honorífico que

le han dado¹. Los jóvenes, olvidados de sus males, no perdonan medio alguno para llegar al término de la ciencia; de modo que dentro de breve tiempo van á llenar todo Ferrara con la fama de sus estudios. Pues desde que en una célebre reunion se presentaron algunos jóvenes doctos y de mucho ingenio á disertar sobre cualquier materia de teología y filosofía con gran aplauso de los particulares que concurrieron, son ya desde entonces mirados no como alumnos de mucha ciencia, sino como nuevas lumbreras de la ciudad.

«Esta ha sido la causa de que muchos compañeros hayan contraído amistad con algunas personas de aquí de Italia, y siguen afirmándose más y más en ella. Pero ya te he escrito más de lo que me había propuesto: ya te escribiré otras cosas, cuando tenga tiempo. — Á Dios. — Ferrara, á 21 de Setiembre de 1769.»

En estos ejercicios empezaron á ocuparse los jesuitas aragoneses al llegar á Ferrara; y al mismo tiempo se agitaban los ministros de las cortes, firmes en su empeño de acabar para siempre con la Compañía. Nada de esto se ocultaba al conde de Fuentes, á quien la inocencia de sus dos hermanos era bien manifiesta, y de ella deducía la de los demás jesuitas. Su difícil situación le acibaraba todo el gusto que de su elevado empleo podía recibir. Los personajes con quienes le era forzoso tratar, no rebotaban sino hiel contra los que en su corazón él no podía menos de admirar y compadecer.

Describe al vivo el estado del buen Pignatelli un párrafo de la carta de Azara á Roda, de 15 de Diciembre de 1768, que dice así: «Tiene Vd. razón de decir que el conde de Fuentes pierde la chaveta, cuando se le toca la tecla de los jesuitas: yo lo experimento cada correo: mis cartas no le llevan más que exco-

¹ Nació en dicha ciudad de Barcelona el 11 de Enero de 1725: entró en la Compañía en 25 del mismo mes el año 1739. — Cuando fue expulsado, era catedrático de prima de teología en la universidad de Cervera. — Murió en Fano el 30 de Noviembre de 1790.

muniones contra ellos; y es un gusto ver sus respuestas, que ni en una tan solo se atreve á contestarme la especie.» La tenaz porfía con que se resistió más adelante el conde á admitir la presidencia del consejo de Castilla, demostró que conocía bien los peligros de que se veían erizados tan importantes puestos. No así sucedía á sus amigos, quienes no cejaban un momento en llevar adelante sus satánicos proyectos.

Á consecuencia de la coalicion de los reyes de España, Nápoles y Francia para pedir que se aboliese la Compañía, los ministros de las tres coronas recibieron orden de gestionar con Clemente XIII aquel asunto, que consideraban como de suma importancia. D. Tomás Aizpuru fue el que en nombre de España presentó el primero su memoria al Pontífice en 16 de Enero de 1769¹: y luégo en sus respectivas audiencias le entregaron otras análogas en 20 y 24 del mismo mes el cardenal Orsini por Nápoles y el marqués d' Aubeterre por Francia. No figura Portugal en estas primeras gestiones, porque no tenía á la sazón representante en Roma, á causa de su rompimiento con la Santa Sede. El Papa despidió á los embajadores después de una corta audiencia, diciéndoles que leería la memoria.

Empeño tan tenaz y de tales poderes combinados para arrancar una condenacion que grandemente repugnaba á la piedad de Clemente XIII, no podía menos de tenerle congojoso y atribulado. El embajador de España le encontró alguna vez deshecho en llanto y postrado delante de un crucifijo. En otra ocasion

¹ Sea dicho en honor del ministro, el paso le fue sumamente doloroso, como lo demuestra Azara en su carta de 29 de Diciembre de 1768, en que dice á Roda: «Por lo que Vd. me da á entender, veo que ha venido la orden para pedir la extirpacion de la Compañía. El viernes pasado, sin saber nada, conocí que había una grande novedad: porque habiendo ido á comer á casa de Azpuru, lo hallé tan furioso y de mal humor, que inferí al instante que tenía un gran disgusto; y lo peor es, que yo conocí que mi presencia se lo aumentaba; y sería porque creería que yo sabía la especie; y cierto, no era verdad.» Y en 29 de Enero de 1769, hablando de la presentacion de la memoria, dice: «Mal rato habrá tenido el pobre Azpuru, llevando tan cruel embajada contra sus amigos.»

contestó al de Francia suspirando: «Harán lo que quieran de mí, porque no tengo ejército ni cañones; pero no está en el poder de los hombres hacerme obrar contra mi conciencia.»

Tal era la firme resolucion del Pontífice¹. Pero tantas tribulaciones en su avanzada edad de 76 años desgarraban el corazón del venerable anciano y aceleraron su muerte, que le acometió de súbito el día 2 del próximo Febrero. Esparcióse el falso rumor de que se le había envenenado, y no faltaron quienes lo creyeron; mas un testigo nada sospechoso en esta materia, el caballero Azara, explica la muerte del Papa en estos términos: «El veneno han sido nuestras Memorias y el riesgo de sus caros jesuitas, que le hicieron venir una convulsion al corazón, que se ha hallado saltado de su lugar, con todo lo demás sanísimo.»

Esto escribía Azara siete días después del triste suceso. El 14 del mismo mes se reunió el conclave para la eleccion de nuevo Pontífice. Cuáles fuesen las intrigas de las cortes borbónicas para sacar un Papa á su gusto, un Papa que de antemano se comprometiese á ejecutar la extincion de la Compañía, lo hemos indicado en parte en el capítulo tercero de este libro.

Hablando el P. Larraz² del estado de la Compañía al morir Clemente XIII, dice: «Cada día llegaban noticias bien desagradables. Los reyes más poderosos no trataban ya de humillar y perseguir la Compañía, sino que habían determinado destruirla por completo: y á este fin los embajadores de Roma habían presentado al Papa, á nombre de sus reyes, memorias en que pedían su abolicion..... Comprendían [los Padres] cuán terrible era la coalicion de los reyes, ó por decirlo mejor, la tenebrosa

¹ Azara, al anunciar á Roda la presentacion de la memoria por Aizpuru, dice en su carta de 19 de Enero de 1769: «El lunes fue Azpuru, y presentó al Papa la consabida Memoria. Rezzónico (el Pontífice) se puso sus anteojos, y se la leyó por sí sin hablar palabra, y con el mismo silencio lo despidió.» Y en 26 del mismo mes escribía: «Orsini tuvo su audiencia el viernes, que fue como la de Azpuru; y ántes de ayer Monsieur d' Aubeterre, del mismo modo.»

² *Comment. III, Cap. XVI.*

conjuración de enemigos, que se ocultaban bajo la sombra de los reyes, y que mucho ántes en sus nocturnas reuniones habían decretado el total exterminio de la Compañía, y traían á su opinion, á fuerza de intrigas, crímenes fingidos é indecentísimas calumnias, la voluntad de los monarcas, para arrasar de este modo con la fuerte é invulnerable máquina de las personas reales la fortaleza inexpugnable para unos hombres, que, á pesar de todos sus manejos, habrían sido impotentes para una obra de este género.»

No dejaba Dios de dar algun consuelo á los atribulados jesuitas. Estaban sin ordenarse dos cursos de teólogos. Hallábase *sede vacante* la diócesis de Ferrara. El P. Rector de Módena negoció con el obispo de aquella ciudad la ordenación, á la cual se prestó gustoso el buen prelado, José María Fogliari. Notificóselo el P. Granelli al P. Provincial de Aragon, encargándole que viesse de enviar juntamente con los ordenandos los PP. Pignatelli; pues le había significado el señor obispo que holgaría de conocer personalmente á aquellos dos héroes, de cuya firmeza y magnanimidad tantos elogios había esparcido la fama.

Accedió el P. Provincial; y á poco despachó á los dos Padres con el fin de que preparasen el local ofrecido en el colegio por el P. Granelli para los jóvenes ordenandos, que saldrían poco después. Pusiéronse efectivamente estos en camino en número de veinte á fines de Abril de 1769, y llegaron con felicidad á Módena.

Acogidos en el colegio con demostraciones de sincera caridad, estábanse preparando para irse á presentar al prelado y saludarle, cuando recibieron recado suyo que no se moviesen del colegio, á donde iba él á pasar para verlos. Presentóse á poco rato, y mostró tanta alegría al ver aquellos jóvenes, como suele, dice el P. Larraz, manifestar un padre al ver á sus hijos después de una larga ausencia: habló á todos, y en especial á los PP. Pignatelli, con un cariño y afecto verdaderamente paternal; y deseoso de evitarles toda incomodidad, quiso ordenarlos en la iglesia del colegio, como lo hizo los días 1, 3 y 4 de Mayo.

Terminada la ceremonia este último día, que fue aquel año el de la Ascension del Señor, delante de un numeroso concurso de la nobleza y del pueblo, que había acudido á presenciar aquel tierno espectáculo, el Sr. Obispo desde su trono pronunció un elocuente discurso, en que habló de la serie de calamidades que afligían á la Iglesia y á la Compañía, y de los graves trabajos que por mar y tierra habían padecido tantos jesuitas y en particular aquella escogida tropa de jóvenes que él acababa de ordenar: y fijando en ellos sus miradas, dijo que al considerar las causas por que unos jóvenes de aquella edad, de tanta modestia y virtud, habían sido tan fieramente perseguidos, no hallaba otra que la de pertenecer á la Compañía de Jesús y querer seguir con ánimo generoso á su divino capitán; y terminó asegurando que los tenía por verdaderos mártires, y que juzgaba dichosa y envidiable su suerte.

Á los PP. Pignatelli les dio particulares demostraciones de afecto y veneración, admirando su fortaleza en seguir la humillación de Cristo, y su desprendimiento de todo lo que el mundo ama y abraza, y que tan abundantemente pudieran poseer, si quisieran. Al despedirse de ellos, cuando se iban á partir para Ferrara, les entregó una carta para el P. Provincial, que merece ser trasladada aquí por entero. Dice así:

«Reverendísimo Padre. — Bendito sea Dios, dador de todo consuelo, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, y entre las muchas penas que cada día nos afligen por las necesidades cotidianas de la Iglesia, nos da tambien un poco de alivio en su misericordia. No puedo explicar el gozo que sentí en el Señor los días pasados, cuando V. R. me envió esos Hermanos estudiantes para que les impusiese las manos. Se me vino entonces á la memoria lo que sus historias refieren, que el día que el obispo de Arbe tuvo la dicha de ordenar á su gran Padre San Ignacio con sus compañeros, sintió tambien tanta alegría y consolación espiritual, que afirmó no haber jamás en ninguna ordenación experimentado tanto consuelo. Confieso que lo mismo me aconteció á mí al ordenar á estos escolares. Y no me admiro: